



Edward Bellamy en verde olivo. O: Ernesto Guevara lector de utopías

Sergio Blanco Gonzalia*

Resumen:

En el marco de la polémica en torno a la economía en la Cuba revolucionaria de la década de los sesenta, el presente artículo abordará las posiciones sostenidas en ésta por Ernesto Guevara, quien encuentra respaldo a sus ideas en la utopía de Bellamy, El año 2000. Se demuestran las coincidencias entre ambos respecto a puntos nodales de la propuesta de organización económica, así como se destaca la mayor profundidad de la propuesta guevariana. Finalmente, se reflexiona acerca de la significación del rescate utópico realizado por el Che, en el marco de una tradición (marxista) mayormente hostil a estos sueños diurnos.

Palabras clave: Bellamy: *El año 2000*, debate económico en Cuba, marxismo, pensamiento utópico.

Introducción

Reunión a primera vista extraña. Se dice que ocurrió en torno al año 1962 y que hay una foto que prueba el encuentro. La anécdota es referida en una entrevista que Néstor Kohan le realizó varios años atrás a Orlando Borrego, cercano colaborador de Ernesto Che Guevara (1928-1967) en el Ministerio de Industrias del gobierno revolucionario cubano. El diálogo versaba sobre las experiencias vividas

* **Doctor en Ciencias Sociales,**
Universidad Nacional de Jujuy,
Argentina.

con el Che en aquellos primeros años de la década de los sesenta. Interrogado acerca de las lecturas frecuentadas entonces, Borrego nos regala esta grajea: el Che leía (y entusiasmaba también a sus cercanos a leer) *El año 2000* de Edward Bellamy (1850-1898).

¿Qué hacía el Che, en medio de aquel huracán sobre el azúcar, leyendo una utopía de un estadounidense decimonónico? Más aún, animando a sus colaboradores (“un poco obligados”, nos dice Borrego) a conocer el mencionado escrito utópico. ¿Qué podría haber encontrado Guevara en él que lo llevara a, como expresa Borrego, “apasionarse”? Y finalmente, ¿qué significa esto de que un marxista “duro” desvíe su atención hacia estos rezagos de utopismo socialista? A lo largo del presente escrito se advertirá que, en la exposición de los planteos del Che y Bellamy, aparece recurrentemente en el entramado un tercer actor: los partidarios del Sistema de Cálculo Económico (SCE), rivales de Guevara respecto al modelo económico a instaurar en la Cuba revolucionaria. La hipótesis que asumimos es que la lectura que realizó Guevara de *El año 2000* se encuentra fuertemente condicionada por esta polémica.

Primera aproximación a *El año 2000*

Repasemos de manera breve la novela utópica en cuestión (publicada originalmente en 1888 bajo el título *Looking Backward: 2000-1887*; las distintas traducciones al castellano llevaron por título *Mirando atrás* o, también, *El año 2000*). Haremos esto con un sentido definido: la propuesta de tejer la relación con el rescate que el Che realizaría más de medio siglo después. Por tanto, no nos proponemos un examen exhaustivo de esta obra y dejaremos de lado una importante cantidad de tópicos.

El año 2000 tiene un protagonista principal: Julian West, un bostoniano que, para 1887, cuenta con 30 años. Hombre adinerado, no trabaja y obtiene sus cuantiosos ingresos de los importantes dividendos proporcionados por su capital. Esta característica del personaje es un dato esencial que estructura la propuesta utópica: él es la muestra viviente de una sociedad enferma que no sólo tolera la pereza y la inacción de un hombre capaz de prestarle servicio, sino que lo recompensa con una destacada posición económica. Acompañando este irracionalismo, el tiempo en que vive el protagonista está plagado de perturbaciones

Esta característica del personaje es un dato esencial que estructura la propuesta utópica.



en forma de huelgas, desempleo, miseria extendida, lo cual emerge de un sistema social ineficaz.

De todas formas, West transita su vida sin mayores preocupaciones. Ciertas dificultades para conciliar el sueño lo llevan a recurrir a la práctica de la inducción mediante pases magnéticos. Pero las cosas no suceden como lo prevé e ingresa en un profundo sueño del cual despertará en el año 2000, permaneciendo, debido a ciertas condiciones especiales, dormido y sin envejecer. Despertará en el mismo sitio más de cien años después. La ciudad de Boston con que se encuentra tiene una apariencia por completo distinta y la vida social es absolutamente diferente. Ello se debe (irá descubriendo el protagonista) al establecimiento del sistema social industrial moderno. Así, la utopía de Bellamy encuentra su fundamento en una nueva organización del trabajo y distribución del producto; lo cual traccionará la transformación total de la sociedad. El proceso que conduce desde los inicios turbulentos del industrialismo a la perfecta organización que encuentra West, se nos presenta como inevitable. No podía culminar de otro modo, nos dice el autor, ya que era una tendencia irrevocable del mismo sistema.

¿Qué es lo que seduce a Guevara de *El año 2000*? Orlando Borrego nos entrega algunas pistas: “cuando el Che lee a Bellamy encuentra núcleos, encuentra cosas, que —¡para gran sorpresa suya!— coinciden con elementos del Sistema Presupuestario de Financiamiento” (s/p). Por tanto, Guevara parece entusiasmarse con ciertas coincidencias entre sus propias ideas y las características de la organización de la producción y la distribución que el escritor estadounidense ubica en un futuro deseado, pero no el modo de llegar a él, la dinámica para lograr establecerlo. La diferencia cardinal es que el Che entiende que, habiendo los revolucionarios destruido el poder burgués, es tarea del día articular el sistema económico de tal modo, ya que el mismo no brotará automáticamente. Pero internémonos en las entrañas del sistema bellamiano y veamos cuáles son aquellos elementos.

El sistema de Bellamy: un gran monopolio estatal

El guía de West en la Boston futura, el dr. Leete, es quien irá explicando los detalles de la nueva organización. Siguiendo

Así, la utopía de Bellamy encuentra su fundamento en una nueva organización del trabajo y distribución del producto.

el espíritu utópico, la exposición presenta una crítica a la sociedad existente, siendo ese “pasado” (ya que el relato se ubica en el futuro) de fines del siglo XIX una época signada por el individualismo excesivo, incompatible con un verdadero desarrollo del espíritu público. El excedente generado por el sistema industrial servía en el pasado al lujo privado, mientras que en los nuevos tiempos (el año 2000 en el que transcurre el relato de Bellamy) se emplea en beneficio público. ¿Cómo se ha alcanzado esta madurez? Siendo, como dijimos, un proceso irresistible, la concentración de capitales se intensificó cada vez más, hasta que los grandes conglomerados barrieron con el pequeño capital. Así se logró instaurar una administración única, la cual dirige la producción, decide qué y cómo debe producirse, y, basándose en una contabilidad detallada, evalúa y hace las previsiones, asignando los recursos.

Bellamy indica que el nuevo sistema desterró los males generados por la antigua situación de anarquía en la producción, donde la industria se encontraba sin concierto ni organización. Entonces, al organizar la industria nacional bajo un solo comando y combinar todas las actividades, se hizo posible multiplicar los resultados y obtener mayores beneficios. Esta maquinaria económica fue estructurada de forma piramidal, con mandos de empresa, jefes de cada rama de negocios, etc., los cuales se hallan bajo el mando del residente.

En fin, el sistema económico entendido como gran monopolio estatal —he aquí el eje de la utopía bellamiana que converge con las ideas del Che al respecto— es la identificación inicial que, inferimos, encanta a Guevara; quien, como nos comenta su cercano colaborador, “disfrutaba cuando confirmaba algunas de sus propias utopías” (correo electrónico enviado al autor por Orlando Borrego, 5 de febrero de 2016). Empero, para poder apreciar esta convergencia nos vemos obligados a dejar momentáneamente la ciudad de Boston del año 2000 y dirigirnos a la Cuba revolucionaria de la década de los sesenta.

Breve excursión cubana

Si previo al triunfo revolucionario los resortes principales de la economía de la isla se encontraban en manos de capitales estadounidenses, estos intereses se verán luego

afectados por una serie de expropiaciones y nacionalizaciones de empresas y tierras. Dichas modificaciones obligaron a una reorganización de la economía cubana y desde el inicio fue ganando peso la idea de implantar un sistema de economía planificada, en vistas de una posterior orientación hacia el socialismo (Rodríguez 26-32).

Ernesto Guevara asumió el cargo como ministro de Industrias de Cuba en febrero de 1961. Mientras el número de industrias bajo su dirección aumentaba, a medida que el proceso revolucionario se desarrollaba y las nacionalizaciones se sucedían, comenzaba a delinearse una política. Muchas empresas extranjeras establecidas en Cuba habían implantado el control centralizado; estas técnicas contables avanzadas posibilitaban un mayor control y una eficiente dirección centralizada. El Che tomó estas técnicas para su Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF), modo bajo el cual, desde los primeros momentos, se organizó y gestionó el sector. Surgen así las empresas consolidadas, integrando unidades productivas según un mismo destino de su producción o por encontrarse en una región geográfica limitada; estos consolidados (estructura similar a la imaginada por Bellamy) dirigían la producción de la industria a escala nacional, operando de acuerdo a un plan y entregando los productos a las organizaciones de gobierno.

Mientras las industrias (y una mínima parte de la actividad agraria) se encontraban bajo las pautas del SPF, en la agricultura, donde se combinaban distintas formas de propiedad (cooperativa, privada y estatal), las autoridades del Instituto Nacional de Reforma Agraria aplicaban otro método de gestión: el SCE. Éste seguía la orientación de los “reformistas” soviéticos (tales como Líberman y Novojílov), quienes proponían que la planificación se limitara a brindar una orientación general, otorgando autonomía a las empresas para determinar precios, obtener recursos, efectuar contrataciones y desplegar una política de incentivos materiales propia, todo lo cual era orientado a partir de un criterio de rentabilidad (Mesa 61-65).¹

En torno a estas dos experiencias disímiles de gestión se desarrollará a principios de la década de los sesenta el gran debate sobre la economía en Cuba. Mientras que para el SPF la empresa era un conglomerado de unidades de producción con un destino similar para su producto, para el SCE era la unidad de producción, que contaba con personalidad jurídica propia. Si para los primeros la empresa

¹ Hacia mediados de la década de los cincuenta cobrará fuerza una tendencia a la descentralización en la organización económica soviética. Estas ideas fueron ganando peso al implementarse en Europa Oriental y parcialmente en la URSS. En el marco de estas políticas en el mundo socialista, el Che desplegará sus posiciones “heterodoxas”.

carecía de recursos propios, estando estos asignados por el plan, los segundos postulaban la autonomía financiera de las unidades. El trasfondo de estas diferencias en torno a la administración, como veremos, se encontraba en diferentes concepciones de la economía de transición al socialismo.

Convergencias y divergencias

Tenemos al Che en el Ministerio de Industrias, mencionamos su defensa del SPF, su polémica con los defensores del SCE y algunos elementos centrales que justifican la presencia de *El año 2000* en el anaquel de su despacho. Como hemos señalado, el elemento central de acuerdo entre el sistema industrial moderno descrito por Bellamy y el pensamiento guevariano, es la concepción de la organización de la producción como una única gran empresa estatal, sin que exista compraventa en su interior. Esta afinidad encuentra, sin embargo, fundamentos distintos en la percepción de la ley del valor. Aun considerando que Bellamy nos ubica en un estado de cosas plenamente desarrollado, mientras Guevara está explorando posibilidades para una economía de transición al socialismo, a continuación veremos cómo los postulados de este último resultan más extremos que los del escritor estadounidense, yendo en diferentes aspectos vinculados a la ley del valor más allá de la utopía bellamiana.

¿Un mundo sin dinero?

La ley del valor, el plan y la abolición del dinero

Bellamy nos reitera a lo largo de su escrito que comprar y vender es un hecho antisocial, ya que conlleva la búsqueda de enriquecerse en detrimento del otro. En su Boston del futuro no hay tenderos, no hay compras ni ventas, y la completa distribución de las mercancías es organizada por el sistema estatal. Así, el comercio es reemplazado por el sistema de distribución directa en almacenes nacionales. Señala que el comercio y el dinero son necesarios en tanto la producción es privada, cuando un número infinito de personas producen sin concierto. Pero esto cambia cuando la nación, a través de la planificación, pasa a ser el único productor y distribuidor; el dinero ha sido desterrado de su utopía.

Y, no obstante, poderoso caballero es Don dinero; sin que lo advierta, vuelve a colarse por la ventana. Aunque ciertamente en el plano de la producción el monopolio estatal no opera con relaciones de compraventa, el asunto se presenta de otra manera en la distribución. Cuando el dr. Leete explica cómo funciona ésta, nos cuenta que cada ciudadano tiene una tarjeta de crédito, mediante la cual obtiene todo lo que quiere en los almacenes: “fíjese en que nuestras tarjetas de crédito representan cierto número de *dollars*; hemos conservado la palabra al suprimir la cosa” (Bellamy 55). Sin embargo, pareciera lo contrario: se suprime la palabra (dinero) y se conserva la cosa, ya que en forma de tarjetas de crédito se establece una regulación determinada por la ley del valor. Bellamy indica que el precio se forma a partir de las horas de trabajo necesario para producir un objeto; por tanto, la ley del valor continúa operando en su utopía.

El planteamiento de Guevara resulta más radical. De entrada, parte de admitir la existencia de la ley del valor durante la transición al socialismo en tanto subsisten relaciones mercantiles, pero modificada por la presencia de un sector estatal dominante. Esta propiedad social dirigida por la política revolucionaria del gobierno no orienta su producción hacia la ganancia, sino a la satisfacción de necesidades, por tanto el precio no tiene una relación directa con el costo de producción, sino que pasa por decisiones de política (Guevara 41-44). Esta intervención del Estado revolucionario en la economía distorsiona el funcionamiento de la ley del valor, negando, para el Che, su carácter rector en la transición. Su propuesta no implica eliminar por decreto la ley del valor, sino buscar su extinción a partir de no fomentar las relaciones monetario-mercantiles, proponiendo una política dirigida hacia la eliminación progresiva de las categorías mercantiles.

Guevara se opone a la posibilidad de un uso consciente de la ley del valor, posición sostenida por los soviéticos y por los partidarios del SCE, quienes defendían su utilización y fomento. Por el contrario, afirmaba que debía buscarse la superación de la ley del valor, ya que de lo contrario se retornaba al capitalismo. Si para Marx la mercancía es la célula económica de la sociedad burguesa, su supervivencia y, más aún, su fomento impulsan el retorno del capitalismo; el mercado genera alienación a partir de recrear la mistificación del dinero, lo cual atenta contra el proyecto colectivista del comunismo.

Entonces, para el Che lo que regula la producción en la transición al socialismo no es la ley del valor sino el plan. En su pensamiento, plan y ley del valor eran términos antagónicos, que no podían desarrollarse armónicamente a la par. A la marcha automática e incontrolada de la distribución del trabajo social *a posteriori*, se le opone el control consciente de la producción y distribución del trabajo social postulada por el plan, elemento clave de la transición al socialismo (Lizárraga 149-153). De modo que, siendo que en la sociedad de transición la ley del valor y el plan coexisten, hace hincapié en el segundo en detrimento de la primera.

En síntesis, la concepción bellamiana de la producción como una única gran empresa estatal, planificada racionalmente, seguramente entusiasmó al revolucionario. Comparten una misma alabanza a las bondades del plan. Sin embargo, mientras el Che advierte un antagonismo irreconciliable entre el plan y la ley del valor, el escritor estadounidense mantiene uno junto a la otra. Por ello Bellamy no alcanza a desterrar el dinero de su utopía, mientras que para el Che, ley del valor, mercado y dinero se encuentran inextricablemente ligados; no es posible suprimir los últimos conservando la primera.

¿Un mundo sin bancos? La ley del valor y la banca

Bellamy nos cuenta que en la ciudad de Boston de *El año 2000* los banqueros ya no son necesarios, porque no existe el dinero. Sin embargo, como vimos anteriormente, el dinero subsiste (bajo la forma de tarjetas de crédito); lo mismo ocurre con la banca. Es claro que, eliminada toda empresa privada, la banca en la utopía bellamiana es de carácter estatal. Pero ésta opera y otorga préstamos; ¿si no existe ya el dinero, cómo puede haber lugar para préstamos? Otra vez, el pasado (su propio presente) se vuelve a entrometer en los sueños del utopista. Comentando de qué manera se adquieren los bienes en los almacenes, el dr. Leete indica que el crédito le va siendo descontado al ciudadano a medida que adquiere los productos. Este crédito es muy amplio, pero puede suceder que la persona se exceda del crédito concedido. En esos casos el Estado otorga un préstamo (¿qué “presta” si no hay dinero? “Crédito”, medido cuantitativamente, o sea...). Pero atención: en vistas de que esto no vuelva a ocurrir, para no estimular una actitud

consumista, el Estado grava el mismo con un fuerte interés (interés medido no en dinero sino en... "créditos").

La posición del Che resulta, en cambio, consecuente, ya que identifica la raíz del problema en el sustrato de las relaciones mercantiles: la ley del valor. Guevara (80-82) desarrolla su argumento señalando la pérdida de centralidad de las relaciones monetario-mercantiles una vez que los principales medios de producción pasan a estar estatizados. Del mismo modo que el dinero, la banca debe ir extinguiéndose; el sistema bancario existirá mientras subsistan las relaciones mercantiles, pero está llamado a desaparecer. Como resultado, y de acuerdo con esta perspectiva, el banco no tiene la función durante la transición de otorgar créditos y menos aún de obtener réditos mediante intereses. De otra manera se recae en el fetichismo.

¿Un mundo sin explotadores y explotados?

En *El año 2000* bellamiano, Estados Unidos no es la única nación que ha alcanzado un alto desarrollo merced al sistema industrial moderno. Otras naciones del mundo adoptaron este modelo y avanzaron un principio de federación mediante un consejo internacional, cuya principal tarea es regular las cuestiones comerciales entre los miembros. ¿Cómo se realizan las transacciones comerciales en esta federación? El dinero, afirma Bellamy, es tan superfluo en las relaciones exteriores como lo es en las internas; para todas las operaciones basta un sencillo sistema de cuentas, del cual resulta si una nación es deudora o acreedora y, por tanto, se establece saldar las deudas contraídas. Sin duda en esta federación reina la honestidad y rectitud entre buenos vecinos. No hay especulaciones ni trapicherías, el intercambio es "justo". Sin embargo, esta justicia es la del intercambio comercial basado en la ley del valor, por lo que no anula las diferencias existentes entre naciones ricas y naciones pobres.

También en este plano, Guevara va más allá de la utopía bellamiana, ya que su postura acerca de la ley del valor en la transición traspasa las fronteras nacionales, proponiendo una estrategia económica como parte de su estrategia revolucionaria de dimensiones internacionales. Por ello, sostiene que la ley del valor no necesariamente debe regir en las relaciones comerciales entre los países socialistas-revolucionarios. Más aún, cuestiona las relaciones

comerciales entre el campo socialista y los países en lucha por un curso independiente del imperialismo; si la ley del valor rige para los intercambios comerciales con estos, entonces el campo socialista es partícipe de la explotación del *tercer mundo* (Guevara 123).

Los postulados guevarianos resultan más incisivos que los de *El año 2000*. Existe, primero, una diferencia fundamental de enfoque: el escritor estadounidense se posiciona en el campo de los países desarrollados industrialmente, mientras el Che habla desde el *tercer mundo*. Y esto nos conduce a un segundo aspecto: Guevara vivencia las relaciones comerciales establecidas con los países de economía estatizada y esta experiencia habilita su crítica a estas relaciones “justas” de intercambio, que no se elevan hacia una dimensión auténticamente comunista.

El ejército industrial de Bellamy

Haremos nuestra última visita al Boston bellamiano atendiendo a la organización de la fuerza de trabajo. En este nuevo sistema industrial todos los ciudadanos son empleados estatales, repartiéndose el trabajo según las necesidades de la industria. Este servicio industrial aparece como natural y racional antes que como obligatorio; es entendido sencillamente como una necesidad social. Cada quien determina el género de trabajo al cual se dedicará, para mayor provecho de la nación y para mayor satisfacción personal, velando la administración por mantener un equilibrio. Bellamy indica que en esta economía no hay nada equivalente a los salarios. La base del reparto es la humanidad de cada quien; en tanto ser humano participa del reparto social y se exige a todos brindar su esfuerzo, prestar a la sociedad tantos servicios como pueda: de cada quien según su capacidad. Sin embargo este principio se encuentra limitado, enmarcándose en plazos (duración mínima de la jornada laboral) y ritmos (intensidad del trabajo) preestablecidos.

Por otro lado, aunque el producto del trabajo de uno puede ser mucho mayor que el de otro, ello no incide en la percepción obtenida:

El mérito es una cantidad moral; la producción es una cantidad material [...]. En la cuenta no hay que



hacer entrar más que la cantidad del esfuerzo, no la del resultado. Todos cuanto hacen lo más que pueden tienen el mismo mérito. (Bellamy 59)

Todos adquieren la misma proporción en el reparto de bienes. Así, respecto al reparto social, el principio bellamiano no es “a cada cual según su trabajo”, ya que la retribución no está vinculada al producto del trabajo, ni al tipo de labor o la duración de la jornada: no hay estímulos materiales. Empero, Bellamy tampoco propone que “cada quien obtenga según su necesidad”. Lo que hay es un ingreso universal en forma de “crédito” (dinero) limitado, que cada quien podrá utilizar en la forma que prefiera.

Los estímulos morales y los espíritus nobles en el universo bellamiano

Despidámonos de Bellamy presentando su apología de los estímulos morales, aspecto que, muy probablemente, sedujo con fuerza a Guevara. El escritor estadounidense afirma que es algo propio de la naturaleza humana la necesidad del estímulo, de una gratificación proporcionada al resultado de sus esfuerzos. Sin embargo, señala que la naturaleza humana no sólo reacciona ante el acicate de las ansias de lujo y el miedo a la miseria. Ensayó así una argumentación histórica, indicando que no ha existido época en la cual la apelación a los sentimientos del entusiasmo, del deber, del honor, no haya hecho surgir lo más elevado y noble de la naturaleza humana. De modo que lo que se ha hecho en “su” Boston es reemplazar los móviles groseros (materiales) por aspiraciones más elevadas.

Los medios mencionados por Bellamy para estimular el celo de los trabajadores son diversos, existiendo un sinnúmero de incentivos que promueven la emulación. Pero en ocasiones la propuesta se desliza en una pendiente un tanto peligrosa, ya que la moral “patriótica” se expresa en tratar de obtener los puestos de mayor responsabilidad, lo cual deja entrever cierto arribismo. De hecho, a medida que se asciende en los puestos jerárquicos se obtienen privilegios e inmunidades en materia de disciplina; aunque no sean beneficios materiales, son, sin embargo, beneficios que impulsan la emulación.

Sin embargo, señala que la naturaleza humana no sólo reacciona ante el acicate de las ansias de lujo y el miedo a la miseria.

De todos modos, Bellamy advierte que aunque las recompensas desempeñan un importante papel, esta palanca no opera sobre los espíritus más nobles. Estos no requieren de estímulos especiales, midiendo sus deberes de acuerdo a las capacidades que posean y no al rendimiento de los otros. Así, introduce una distinción entre una masa de naturaleza inferior, la cual requiere de estímulos, y una elite que ha internalizado su deber, que por tanto desprecia cualquier tipo de premiación.

El combate guevariano contra los estímulos materiales

¿Cuál era la posición del Che respecto a los estímulos materiales y los estímulos morales? En cuanto al sistema salarial, Guevara reconoce que en la transición al socialismo, mientras subsistan relaciones mercantiles, se debía utilizar dinero. Asimismo, que el dinero retribuirá a cada cual según su trabajo a partir de una escala salarial, ya que aún no se había logrado alcanzar el principio comunista de que cada quien reciba según su necesidad, lo cual implica (a diferencia del planteo bellamiano) no una misma “cantidad de crédito”, sino un “crédito” ilimitado; más bien, un acceso irrestricto a los productos. De este modo, a diferencia de la Boston bellamiana, los trabajadores tienen distintos ingresos, lo cual se encuentra ligado, por un lado, al producto de su trabajo, y, por otro, al ascenso en el escalafón. Esta propuesta de escala tiene rasgos similares a la ideada por Bellamy, pero mientras para éste los ascensos representan un estímulo moral (ya que ningún bostoniano de *El año 2000* obtiene mayores recursos económicos en razón de su ubicación en la escala), Guevara ubica el mecanismo dentro de los estímulos materiales (debido a que el ascenso en el escalafón implica mayores salarios).

Ahora bien, el asunto de los estímulos en la transición al socialismo es central en el pensamiento guevariano y, a la vez, clave en la polémica con los partidarios del SCE. Mientras estos sostenían que los estímulos materiales eran la forma central de ligar la remuneración de los trabajadores con la calidad y cantidad de su trabajo, el SPF defendido por el Che aunque, como vimos, no negaba la utilización de estímulos materiales, consideraba que no podían ser la palanca fundamental del impulso en la economía de transición. ¿Por qué? Porque los estímulos materiales retrasan

Los estímulos materiales eran la forma central de ligar la remuneración de los trabajadores con la calidad y cantidad de su trabajo.

el desarrollo de la conciencia comunista, promoviendo el individualismo y el egoísmo, por lo cual su utilización se opone al desarrollo de la conciencia.

De modo que para Guevara, el estímulo material es provisoriamente necesario, pero desde el mismo inicio de la transición al socialismo hay que combatirla fin de restringir su peso en la sociedad. Para ello resulta fundamental extender los estímulos morales (similares a los sugeridos por Bellamy), ya que el comunismo no es un hecho meramente económico, sino también una cuestión de conciencia. Y esta conciencia, señala, no brotará automáticamente, sino que es preciso formarla, ya que los hábitos de pensamiento del pasado siguen tallando durante la transición. Elemento clave para ello es, frente a la competencia generada por la ley del valor, la competencia fraternal de la emulación socialista. En este marco se inscribe el trabajo voluntario promovido por el Che, en tanto elemento económico, pero fundamentalmente moral e ideológico central del SPF.

Esta insistencia guevariana en el desarrollo de la conciencia comunista nos permite apreciar, respecto a los estímulos, ciertos matices con el planteo bellamiano. Mientras Bellamy señala que, en tanto priorizar el interés individual es parte de la naturaleza humana, los estímulos serán siempre necesarios, a la vez que procede meramente a eliminar el aspecto material-económico, el Che entiende que una moral comunista va más allá: "El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa [...] Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor de interés individual y de lucro como motivación" (Guevara 46-47). Por ello los estímulos morales que Guevara propone no conllevan ningún tipo de privilegios, sino el de una mayor responsabilidad, una mayor carga, un mayor sacrificio. Quienes participan con este nivel de compromiso son la vanguardia.

También Bellamy, como fue mencionado, distingue entre la masa y una élite, donde la primera requiere de los estímulos, mientras la segunda no, ya que ha internalizado el cumplimiento del deber sin necesidad de acicates. Pero para él esta división es indeleble; la degradada naturaleza humana impide a la mayoría elevarse al plano de la élite. En cambio el Che entiende que esa "élite" consciente puede y debe desarrollar la conciencia comunista, ya que no existe otra vía para alcanzar el comunismo, en tanto hecho consciente, que crear, en todos, al hombre nuevo.

En La Habana con Bellamy. Conclusiones

I. El Che se apasiona con la utopía del escritor estadounidense porque encuentra en ella argumentos prácticos que coinciden con lo que él estaba defendiendo en el SPF. En el modelo de Bellamy las unidades de producción no tienen autonomía, como reclamaban los adeptos al SCE, sino que están integradas y coordinadas por una administración central, de acuerdo a un plan. Asimismo, la eliminación de los estímulos materiales en *El año 2000* es otro elemento de coincidencia con las ideas de Guevara, quien ve que, lejos de ser claves en la transición al socialismo, como planteaban los partidarios del SCE, generan efectos nocivos, por lo que es necesario tomar medidas para limitarlos hasta poder erradicarlos definitivamente.

II. Sin embargo, los planteos del Che van más allá de los postulados por Bellamy en su utopía. El escritor estadounidense cree haber desterrado de su mundo el dinero y la banca, pero al mantener vigente la ley del valor estos reaparecen. Por el mismo motivo, el intercambio comercial internacional existente en *El año 2000* no elimina las diferencias entre naciones ricas y pobres. Para el Che, en cambio, la ley del valor se encuentra distorsionada ya durante la transición al socialismo y es preciso avanzar contra ella hasta lograr su extinción; encontrándose intrínsecamente ligada al mercado y el dinero, la eliminación de estos no es posible sin acabar con aquella. Afirma que las relaciones de intercambio auténticamente comunistas no deberán regirse por la ley del valor, ya que es el sustrato de las relaciones mercantiles; de otro modo se retorna al capitalismo. Esto implica replantearse las relaciones comerciales entre los países socialistas y del tercer mundo en lucha, *so pena* de convertirse en cómplices de la explotación imperialista.

Por otro lado, respecto a los estímulos, el Che se distancia de cierto pesimismo antropológico bellamiano: no hay ninguna naturaleza humana que determine que el hombre no pueda prescindir de la búsqueda de cualquier tipo de beneficio individual. Si Bellamy ve que tal cosa sólo puede alcanzarla una elite de espíritus nobles, Guevara aspira a crear un hombre nuevo en el conjunto de la masa.

III. Todos los puntos en que los planteamientos guevarianos van “más allá” de la propuesta de Bellamy tienen un mismo fundamento: para el Che, el comunismo no es meramente un hecho económico, sino también un hecho

de conciencia. Precisamente esto es el trasfondo de la polémica entablada con los partidarios del SCE y, de fondo, con la posición sostenida por los soviéticos. Para estos últimos, el proceso económico está determinado por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Por tanto, eran los cambios en la producción y su organización los que posibilitaban modificaciones en la conducta de los hombres; postular lo inverso, sería puro idealismo.

La propuesta del Che es opuesta al determinismo mecánico entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción sostenido por sus detractores; para Guevara la potenciación de las fuerzas productivas no garantiza mediante automatismo alguno el desarrollo de nuevas relaciones de producción; la transformación económica no es indicador de la transformación revolucionaria. Es necesario promover a través del trabajo político e ideológico el desarrollo de una conciencia comunista, que aparece así como una fuerza material para el desarrollo de la transición; la creación del hombre nuevo es una tarea inmediata que debe asumirse junto al desarrollo de las fuerzas productivas, simultáneamente.

IV. Lo que resulta profundamente sugestivo es que el Che recurriese a este tipo de fuente en su polémica con la "ortodoxia" soviética y, más aún, que lo hiciera abiertamente. Si en la tradición marxista lo predominante ha sido una actitud hostil ante la utopía, donde lo utópico resulta negado, sospechado, históricamente superado, sinónimo de irrealizable, interpretado como abstracción imaginativa distractora de la lucha en el presente, antagónico con el carácter científico del socialismo, por tanto erróneo, falso, subjetivista, etc., el cientificismo stalinista reforzaría aún más esta carga negativa. Por ello adquiere una significación mayor el rescate de núcleos de pensamiento utópico que realiza Guevara. Un aspecto más de una heterodoxia fuertemente asida a la idea de que el socialismo debe ser una creación heroica, ni calco ni copia. Recorriendo este camino propio, el Che se encontró con Bellamy: "hay una fotografía en la Plaza de la Revolución de La Habana, en aquellos días en que estaba leyendo a Bellamy, donde la plaza está llenándose de gente y el Che está leyendo el libro de Bellamy" (Borrego s/p).

Bibliografía

- Bellamy, Edward. *El año 2000*. Buenos Aires: Sopena, 1946. Impreso.
- Borrego, Orlando. "Che Guevara, lector de *El Capital*. Diálogo con Orlando Borrego, compañero y colaborador del Che en el Ministerio de Industrias". *Rebelión*. 2 de julio, 2003. Web.
- Guevara, Ernesto. *La Economía Socialista: debate*. Barcelona: Nova Terra, 1968. Impreso.
- Lizárraga, Fernando. *El marxismo y la justicia social. La idea de igualdad en Ernesto Che Guevara*. Chile: Escapate, 2011. Impreso.
- Mesa Lago, Carmelo. *Breve historia económica de la Cuba socialista: Políticas, resultados y perspectivas*. Madrid: Alianza, 1994. Impreso.
- Rodríguez, José Luis. *Notas sobre economía cubana*. La Habana: Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello y Ruth Casa Editorial, 2011. Impreso.